

jestad. Con este acto me dió Dios nuestro Señor facilidad para mortificarme en todo.»

Ayudóle mucho para su perfeccion el haber encontrado en el colegio mismo de Gandía al P. José de Calatayud, que era hombre de grandísima oracion y mortificacion, y Padre de pobres, muy humilde y obediente, de quien se dicen cosas de profecías y muchos milagros que Dios ha hecho por él.

Este Padre le penetraba los pensamientos últimos de su corazón, revelándole Dios lo que pasaba por su alma.

Aconteció que una mañana no se levantó el Hermano, habiendo caído el despertador, como tenía de costumbre, y esto á su parecer sin culpa suya; con todo eso el Padre, estando léjos, lo echó de ver y se lo dijo, advirtiéndole de aquel poco tiempo que había faltado á la oracion.

Acostumbraba el Hermano á renovar sus votos no sólo cada hora, sino cada cuarto de hora, ejercicio que él no había comunicado á persona alguna: aconteció, pues, que platicando el Padre comenzó á decir: «Proseguid, Hermano, en ese santo ejercicio que traéis, de renovar cada hora y cada cuarto vuestros votos, que es muy agradable á Dios.»

Tuvo por dichas para sí estas palabras y para el exámen de ellas hizo pesquisa diligente entre los Hermanos que allí estaban, si usaban de semejante ejercicio. Respondieron que no: con que echó de ver que él era á quien el Padre había hablado, y que nuestro Señor le había comunicado, como grata á sus ojos, aquella loable y santa costumbre que tenía.

Estando cierto día el Hermano en su aposento, sintió en sí de nuevo más vivos y fervorosos sus antiguos deseos de pasar á las Indias, é hizo holocausto de su vida porque la tuviesen los que habitaban en las sombras de la muerte; y habiendo gastado en esto espacio de tiempo, se fué adelante del aposento del Padre, el cual se fué á la puerta y le llamó diciendo: «Venga acá, muy bien se los pagará en el cielo Dios esos ofrecimientos que ahora ha hecho; muy bien se los pagará allá, muy bien se los pagará; con que el Hermano quedó consolado, así con la paga que le ofrecían como con el servicio que entendía haber hecho á nuestro Señor con su oferta, y con nueva estima y aprecio de la virtud del Padre.

Llegó la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, cuya víspera gastó suplicándola afectuosamente fuese su Madre y á él le hiciese fidelísimo hijo suyo. Estando en esto, le parecía se le encendía el pecho en amor de Dios y de esta divina y soberana Señora; y como el fuego no puede estar escondido sin manifestarse por el calor, fué muy grande y extraordinario el que entonces sintió en todo el cuerpo, manos y rostro, saliéndole á la cara sonrosados colores, ocasionados del nuevo incendio del corazón, el cual de-

claró bien con un generoso acto que el día siguiente hizo, escrito de su misma mano, que dice así: «Hoy, á 8 de diciembre de 1618, hago voto de castidad perfectísima, de obediencia prontísima y perfectísima y de pobreza perfectísima y de hacer el mayor gusto de Dios en todas las cosas.»

De cuán bien haya desempeñado su fe y correspondido á la obligacion de los tres primeros votos, no se pueden alegar mejores testigos que los que le vieron, conocieron, trataron y á los que él comunicó los íntimos secretos de su alma, que admiraban tan gran pureza, que imitaba la angélica en cuerpo mortal, recatado en la vista, diligente en la guarda de los sentidos, cerrando las puertas á cualquier pequeño vapor de ménos casto pensamiento, aunque procuró el demonio turbarle con algunos.

Estando en Méjico acostado ya, se le representó una imaginacion torpe y vehemente; sintió grande pena, y levantándose al punto, se puso en forma de cruz pidiendo á Dios que le ayudase, y á la Santísima Virgen le librase de aquella fea sugestion del demonio. Para mejor alcanzarlo, se hincó de rodillas en el suelo espacio de una hora, hasta que la tentacion cesó, y tuvo por muy cierto había sido por intercesion de la Virgen, á quien él con fervoroso ahinco se lo suplicaba.

Este era el sagrado adonde se acogía siempre que se hallaba molesto de tales pensamientos, de que salía victorioso, y tan quebradas las fuerzas del contrario, que nunca las tuvo para afeár en nada la hermosura y pureza de aqueste voto que con perfecta entereza inviolablemente conservó toda la vida.

El afecto á la pobreza fué por extremo; el desprecio en sus vestidos fué admirable, y muy diligente en buscar lo peor. Resplandecía su pobreza en el vestido y aposento, el cual no tenía con más adorno ni otras curiosidades, que el de algunos libros de que necesitaba y de alguna devota imágen que, sirviéndole de compañía, le fuera también despertador para levantar á menudo el corazón á Dios.

Todo espiraba olor de santidad y religiosa perfeccion: y como es complemento y esmalte suyo la obediencia, fué en esta virtud perfectísimo, estando siempre pendiente de la voluntad del Superior, adivinándole los pensamientos para cumplirlos, no mostrando la suya jamás contraria, por más dificultad que tuviese lo que le ordenaban; ántes mostraba inclinacion á ello y con instancia lo pedía.

Pero mejor dirán cuánto se esmeró en esta virtud sus mismas palabras, porque, hablando del exámen particular, dice de esta suerte: «Hacer en cada punto é instante lo que entiendo ser mayor gusto de Dios y del Superior, y este es el exámen perpétuo de toda mi vida, pues que en el noviciado con obediencia comencé, con ella he de acabar.»

Toca aquí el último voto que hizo de procurar hacer siempre lo que entendiera ser mayor gusto de Dios, el cual cuánta perfeccion encierre en sí, qué moderacion de afectos, qué rendimiento de pasiones, qué rectitud de intencion, qué fervor de espíritu y qué corazon tan alentado para el servicio de Dios, lo echará bien de ver quien ha tratado de virtud.

Y porque conste que no quedaba atrás á la dificultad de la cosa el esfuerzo de sus deseos, y que no hizo el voto llevado de algun repentino y ménos considerado fervor, sino del de Dios, pesado con la balanza de ponderacion santa y prudente, diré lo que tenia escrito en uno de sus papeles, que es lo que se sigue por sus palabras:

«El sumo gusto de Dios y del Superior es, que yo ame á Dios con el mayor afecto que pueda y con la mayor continuacion posible; que ame á la Virgen Santísima con grandísimo afecto, y que ande siempre puesto con Dios; que en todo me humille, que en todo me mortifique, que nunca haga mi propia voluntad, que de todos diga bien y que de nadie diga mal; que ande con los ojos siempre bajos, con suma modestia; que sin necesidad no salga de mi aposento; que todas mis palabras sean santas; que haga las penitencias que pudiere; que me desacomode para acomodar á otros; que tome siempre lo peor, el peor lugar, el peor vestido, la peor comida; que ruegue por todos y por todas las necesidades de la Iglesia y de la Compañía, por las religiones, por la reduccion de los herejes, conversion de la gentilidad, por los bienhechores, por los enemigos así míos como de la Compañía y mal afectos; que haga cuanto pueda en servicio de Dios, y que me acuerde de las ánimas del Purgatorio y de los padres que me engendraron para encomendarlos á Dios; así mismo de mis deudos y conocidos y de todos los hombres que son y serán en siglos venideros; que á todos se extienda mi caridad; que á todo me ofrezca, á trabajos y peligros de vida, para bien de las almas y mayor gloria de Dios, sin replicar, en manos de la obediencia; que haga bien á quien me hace mal; que guarde perfectamente mis reglas; que haga todas mis obras con suma perfeccion; que ande siempre sobre aviso y con exámen continuo; que haga en mí un vivísimo retrato del alma y cuerpo de mi Señor Jesucristo con todos sus afectos, deseos y virtudes, en que está la suma perfeccion y la materia determinada de este exámen particular en cada obra, la cual se ha de examinar cómo se ha de hacer para alcanzar lo que pretendo.»

Todo esto decia; y quien tan largo arancel y tan por menudo le hizo de las cosas en que podía buscar el mayor gusto de Dios, bien se echa de ver habia de andar con sumo cuidado y continua vela, para no desquiciar en nada de lo que con tanto ánimo prometia.

Todas sus acciones, sus palabras, su conversacion y trato, eran un perpétuo

cumplimiento de aqueste mayor gusto de Dios, que habia prometido y ejecutaba.

Querer contar por menudo los favores que le hizo nuestro Señor el tiempo que en Gandía estuvo y las cosas que le dió á sentir, fuera nunca acabar; pero entre lo mucho que se deja, entresacaré algo de lo que aquí le sucedió.

Fué una vez acompañado de un Hermano á enseñar la doctrina cristiana á un pueblo cercano á Gandía, y aunque halló en él poca gente, á la que tuvo començado á enseñar con gran fervor, que sintiéndose él mismo con nueva mudanza y espíritu, conoció sensiblemente ser revestido del de Dios, y así parece echaban fuego sus palabras, pues movido de ellas el compañero, volviéndose á casa, se puso á llorar tiernamente con la consideracion de lo que habia pasado.

Volviendo otro domingo por la misma causa de enseñar la doctrina, en la plaza se estaban entreteniendo algunos, que aunque avisados fuesen á la iglesia, si bien lo prometian, lo dilataban llevados del gusto del juego en que estaban. Apénas entró el Hermano en la iglesia con los niños, cuando parece que tomando el cielo la causa por suya, como lo era, descargó un tan gran aguacero, que se vieron obligados á ir adonde ántes los habian llamado y resistido; y estando en medio de la plática con gran fervor, dijo, tratando del poder de Dios: «¿Ven cuán de repente ha hecho Dios caer tanta agua? pues poderoso es para hacer que acabando la doctrina cese del todo, aunque segun está cerrado ya el tiempo, parece habia de proseguir muy á la larga.» Como el Hermano lo dijo, lo cumplió el Señor. Acabó él la plática, y el cielo de llover, durando con serenidad todo el tiempo que hubieron menester para llegar al colegio.

Habia algunos esclavos moros en aquella villa, y, como era tan grande su celo del bien de las almas, y de que conociesen á Dios los que andaban fuera de su conocimiento, se lo pidió á su Divina Majestad instantemente; para mejor alcanzarlo, ofrecia ayunos, penitencias, disciplinas y oraciones, y algunas veces hizo oferta de su misma vida por el bien de ellos, diciendo á nuestro Señor delante del Santísimo Sacramento: «Señor, en vuestro nombre santísimo os pido me deis estas almas, que yo os las quiero presentar,» y parece oyó nuestro Señor sus ruegos, pues antes que él saliese de Gandía, estaban ya bautizados los cuatro, con singularísimo gozo del Hermano y hacimiento de gracias á Dios, cuya poderosa diestra habia causado esta mudanza en sus corazones.

Tuvo aquí una enfermedad penosa y prolija de tercianas y cuartanas dobles que le duró ocho meses, de que supo sacar copioso fruto para su alma; pues los ratos que le dejaban solo (y eran muchos, por haber entónces otros

enfermos que daban más cuidado) los gastaba en dulces coloquios con nuestro Señor, y tenía por ligero el trabajo presente, y se ofrecía á mayores por su amor.

Todos los días, en dejándole la calentura, tenía tres y cuatro horas de oracion; que aunque quedaba el cuerpo quebrantado con la fuerza del mal, estaba aligerado el espíritu con la del fervor, que indica ser bien grande, pues la tristeza y desabrimiento que consigo trae el humor cuartanario, no le podían impedir el gozar de la dulzura que hallaba en su corazón.

IV

Parte á las Indias y da en Méjico admirables ejemplos de virtud.

En medio de los trabajos de la enfermedad, creció en los deseos de pasar á las Indias, en el cual tiempo llegó á aquella provincia el P. Procurador de las Filipinas de vuelta de Roma, para llevar sujetos.

Entre los señalados de la de Aragon fué nuestro Diego de Saura, de que tuvo divinos prenuncios, por haberle cabido el mes antecedente, S. Matías, dándole á entender nuestro Señor caería tambien sobre él la suerte de ser elegido para la mision apostólica de aquellas islas.

Sólo le podía ser impedimento la enfermedad con que se hallaba, y, porque no quedasen frustrados sus deseos, se puso á los pies de Cristo, suplicándole no estorbare su jornada la cuartana que padecía, y que entendería se daba por servido de su jornada á aquellas partes, si ella no viniese el día siguiente.

Obedeció Dios á la voz del hombre, cedió el mal al imperio del médico divino, faltó la cuartana el día que él había señalado; pero volvió al otro que le correspondía, y reconociendo el Hermano que había sido aquella cortedad suya en el pedir, como quien devota y amorosamente se llamaba á engaño, volvió á suplicar á Dios, que de todo punto se las quitase, de suerte que ni aún las señales de ellas, que suelen preceder al frio, le afligiesen.

Fueron sus palabras medida de sus deseos; condescendió con ellos Dios, mandando á la calentura, se sosegase, y que sólo sintiese un tantito de frio en las extremidades de los dedos de la mano derecha, como quien daba á entender pedia entrada el mal, segun su natural curso, á no hallarse resistido con sobrenatural fuerza y soberano imperio.

Alcanzada salud de nuestro Señor, y del Superior orden para partirse, se puso en camino, sirviéndole todo lo que en él veía de incentivos nuevos de amor de Dios, no gastando rato ocioso, ni ocupándose en pláticas ó conver-

saciones desaprovechadas. Eran las suyas siempre del cielo, del amor, de la virtud, de la devocion de nuestra Señora, del Santísimo Sacramento, de la fealdad del pecado, procurando engendrar aborrecimiento de él en las almas con quien trataba.

En Cádiz, estando ya de partida, cayó enfermo; y aunque algunos juzgaban se quedase aquel año con esperanzas de que el siguiente había de haber otros que fuesen á las Indias; siguiendo el ejemplo de nuestro Padre S. Ignacio que enfermo se embarcó, quiso él tambien hacerlo, con consideracion que no era ménos poderosa la mano del Señor, si convenia darle salud, en el mar que en la tierra.

Todavía en entrando en él, la enfermedad creció; arreciáronse las calenturas, dobláronse los crecimientos, sucediendo á esto flaqueza en el sujeto, desgana para la comida y decaimiento del corazón.

Sentía él naturalmente morir en el mar, y á medida de su sentimiento le iba Dios más y más apretando los cordeles con nuevos accidentes, hasta que advirtiéndole en ello el Hermano, con ánimo superior á todo propio gusto y voluntad suya, se puso y resignó enteramente en la de Dios, el cual no dilató la paga de tan insigne acto para otro tiempo, ántes luego al punto, estando el Hermano recostado en la cama, le pareció que presentísimamente tenia delante de sus ojos (si bien con vision imaginaria) la Santísima Trinidad, que muy benigna y afablemente volvía á él los suyos, y con su vista le consolaba.

El efecto de aqueste favor fué tal, que deseaba nuevas enfermedades, con un júbilo y alegría singularísimo en la que padecía, pareciéndole todo poco respecto de hacerse con ello merecedor de lo que había visto. Ni los gritos le molestaban, ni el olor enfadoso del agua corrompida de las bombas le afligía, ni sentía por pesada la misma muerte; ántes haciendo nuevo sacrificio de su vida, se ponía todo en las manos de Dios, de donde le vino la salud y el remedio; pues, con admiracion de todos, comenzó desde aquel punto á mejorar, sabiendo él solo y encubriendo la causa de su mejoría.

Acabóse la navegacion con próspero viaje; llegó á Méjico, donde se detuvo año y medio y adonde fué nuestro Señor larguísimo en hacerle mercedes.

Andaba continuamente en la presencia de Dios, no siendo causa el estudio para interrumpir su actual amor y afecto de la voluntad; á pocos renglones que leía en las materias que estudiaba, le era forzoso dejarlo, volviendo el pensamiento á Dios, poniendo en él su afecto, y dando aquellos interpolados desahogos al corazón, lo cual no le apartaba de los estudios; ántes siempre dió muy buena cuenta y razon de ellos; aquí en especial con un acto muy lucido que de toda la teología tuvo; de suerte, que decia un compañero suyo

muy estudioso y de buen ingenio, que en poco tiempo estudiaba y alcanzaba más el H. Saura, que él por mucho tiempo que estudiase.

Sus disciplinas eran frecuentes y muy recias, hasta que abriéndosele el pecho por ocasion de haber asistido á un Padre enfermo de mucho trabajo, le pusieron tasa.

Dejaba de ordinario de cenar por poder tener despues con más quietud una hora más de oracion.

No se descuidó aquí el demonio de hacerle guerra. Una noche, estando acostado, se llegó á su cama, y cogiéndole cabeza y pies, le apretaba fuertemente, haciendo de él como un ovillo: sintióse muy afligido y trabajado el Hermano, todo bañado de sudor, y el demonio hacia burla de él, diciéndole: *¡Hé, hé, hé!* pero el santo Hermano se volvió á Dios, pidiéndole su favor y amparo y juntamente esfuerzo para poder sufrir aquel y otros semejantes golpes del demonio, con que al momento se vió libre, dando muchas gracias á nuestro Señor.

Tuvo por este tiempo muchas visitas del cielo. El tercer dia de Pascua del Espíritu Santo, habiendo comulgado, estando dando gracias, le pareció que veia á Cristo Señor nuestro delante, el cual le dió en rostro y reprendió el descuido que tenia en meditar su santísima Pasion, si bien no con voz corporal.

Procuró de allí adelante ser más agradecido, dando mucho más tiempo á la oracion y meditacion de la muerte y dolores de Cristo nuestro Redentor.

La víspera de S. Andrés le dió nuestro Señor un deseo vivísimo y eficacísimo de comulgar cual nunca jamas habia experimentado, con tan grande exceso, que le duró toda aquella tarde; crecióle por la mañana en la oracion, la cual acabada, estando ya para comulgar, se volvieron á encender de nuevo en su pecho aquellos deseos con tan grande ánsia, que le parecia que el corazon y alma se le arrancaban por irse al altar, y esto no con congojas y aflicciones, sino con una singular dulzura y ternura, que le bañaba todos los miembros de su cuerpo. Recibió al Señor y con él grandísimo sosiego acompañado de deseos grandes de unirse y juntarse con Jesucristo; y, considerándose dentro de su divino pecho, parece que su alma se hallaba como movida con desusados ímpetus de abrasados deseos de trocarse y transformarse todo en su Dios, que le duraron por muchos dias.

Por este tiempo tuvo ejercicios en las vacaciones, y le sucedió lo que refiere por estas palabras: «Los primeros dias me fué bien; despues tuve una batería muy grande de pensamientos, que apenas podia tener el pensamiento en Dios continuamente por tiempo de dos ó tres palabras, sin que luego me divirtiese. Fué esto en tanto grado y tantos dias, que me puse á pen-

sar si acaso hubiese hecho algun pecado mortal, por el cual Dios me tratase de aquella manera, y no hallaba; pero con todo eso estaba con aquel temor de haber ofendido á Su Majestad en algo que yo no conociese.

Andaba con esto afligido, y un dia, que era á los trece de octubre, estando en mi aposento para tener oracion, ó teniendo algo de ella, me vino con vehemencia una tentacion diabólica y de blasfemia.

Entonces el Señor por su infinita misericordia, me dió luz para conocer que aquello era tentacion y malo, aunque yo en aquel punto no conocí por qué fuese malo.

Echarme al punto en el suelo, pegando el rostro con él, casi fué uno, pidiendo favor á Dios nuestro Señor, y que me guardase de ofensa suya. El benignísimo Señor, por su bondad y clemencia infinita, sin yo merecerlo, me dijo, al punto que estuve postrado, estas palabras no sensibles ni con sucesion unas despues de otras, sino *simul, et semel*, como impresas en el alma: *No he menester yo que tú sepas tener oracion, que si yo quiero te la puedo dar.* Así como he dicho son formales palabras de Su Majestad, con las cuales me quitó toda la turbacion, y me llenó de paz, y dió á conocer la malicia de la tentacion; y hallé que en aquellos dias de tribulacion habia tenido más luces y conocimientos de verdades que en otros tiempos, y así estaba deseando tenerla otra vez. Digo que estas formales palabras con la misma orden que están puestas me dijo, aunque sin sucesion de tiempo, segun lo advertí, porque me las hallé juntamente dichas en lo más íntimo, y como en la esencia de mi alma.

Andaba despues de esta merced muy encendido y abrasado de amor en la presencia de Dios, en el pecho de mi Señor Jesucristo, ó con los Santos en el cielo, y con mucha familiaridad tratando con Su Majestad.

Lo que hacia en tiempo de la tribulacion que acabo de decir, era que hallándome tan seco en la oracion y que no podia pensar en Dios, y que me era pena; con todo eso tenia cada vez mi hora de oracion y decia: *Con Dios ser liberal;* y añadía media hora más de oracion, y lo más del dia gastaba en ella.»

De esta manera le iba nuestro Señor probando, ejercitando y adelantando en espíritu, y él, correspondiendo á la divina gracia, y siendo liberal con Su Majestad, se habilitaba para nuevos favores. En especial tendía más las velas á la oracion, por no ser tiempo de lecciones.

Acabadas las vacaciones volvió á proseguir sus lecciones y estudios con el recogimiento, aplicacion y espíritu que arriba se ha dicho.

Tratóle algunas veces en Méjico el P. Nicolás de Arnaya, Provincial de aquella provincia y persona que alcanzaba mucho de espíritu, así por el que

nuestro Señor le comunicaba, como por los muchos que trató en el tiempo que á su cargo tuvo el noviciado y provincia. Decía pues, que cuando oía hablar de cosas de espíritu al H. Saura, ó le daba cuenta de él, le parecía tenía delante un vivo traslado del santo H. Luis Gonzaga. Y porque se vea con cuanta verdad lo pudo decir, y la perfeccion grande á que aspiraba siempre, y las nuevas subidas que disponia en su corazon, propiedad del justo, como dice el Profeta Rey; estando en aquel colegio, buscó y halló nuevas trazas y santas invenciones, para unirse más y obligarse á su Dios: y así á 30 de diciembre del año de 1620, se obligó á Dios nuestro Señor con especial voto de procurar en todo la mayor perfeccion, el cual, en prendas de mayor firmeza, le escribió y firmó de su nombre con sangre que sacó del pecho y de encima del corazon, sobre el cual se vió despues de muerto la cicatriz: y quien era tan liberal en derramar su sangre para escribir el voto, lo fuera mucho más en ofrecerla toda, si de ello necesitara para su cumplimiento.

Despues á 14 de agosto del año siguiente, víspera de la Asuncion de nuestra Señora, le renovó y extendió; y porque sus palabras son índices de su corazon y testigos de su afecto; para que éste se descubra, y ellas no pierdan de su santo primor, las pondré aquí, y son las que se siguen: «Por amor de la Santísima Trinidad, de Jesus y María y de todos los Santos, hago voto de procurar la mayor perfeccion; ya sabeis, mi Dios, mi deseo, y que muero por amaros de puro deseo de servirlos. ¡Oh mi Dios y mi amor! recibid esto en servicio vuestro, y perdonad mi cortedad; yo hago voto de procurar y aspirar á pureza angélica. Hago voto de no tener afecto á nada sino á vos ó por vos, ni amar á otra cosa que á vos, mi Dios. Hago voto de obedecer en todas las cosas, que pecado no sean, á mis superiores, y procurar hacer todas sus voluntades con el mayor afecto y perfeccion que pueda. Hago voto de hacer todo cuanto hiciere, dijere, pensare ó deseare, por amor de la Santísima Trinidad, de mi Señor Jesus y de mi Señora María, de S. José, de mi santo P. Ignacio y de todos los Santos. Hago voto de guardar mis reglas y de no hacer á sabiendas cosa que sea pecado, por mínimo que sea, ó imperfeccion. Hago voto de procurar, con la gracia de mi Dios, tener continuo acto de amor, conformidad y deseo de agradar á mi Dios, y de procurar llevar continua presencia de Dios.»

Dos días despues, á 16 del mes, añadió lo que se sigue: «Hago voto de procurar, con la gracia de Dios, con todas mis fuerzas, con oraciones y con todas las maneras que pueda, la conversion de todo el mundo, de pecadores, gentiles y herejes; la salvacion de sus almas y la de los justos que ahora son y serán en siglos venideros y su perfeccion. Y hago voto de ofrecer por esto cada día mi salud, sangre, honra y vida.»

Despues á 4 de noviembre del mismo año, apretó más estos votos, que parece no atendia á otra cosa sino á cómo podria atarse más con Dios. Sus palabras son estas, dejando otras por brevedad: «Hago voto delante de vuestra divina Majestad, de pobreza, castidad y obediencia perpétua en la Compañía de Jesus, y entrar en ella en el grado que por ella me fuere señalado, y de hacer lo que fuere mayor perfeccion, mayor humildad, mayor caridad, mayor pobreza, mayor obediencia, mayor pureza, mayor modestia, mi mayor menosprecio, mi total mortificacion, mayor gloria de Dios y mayor agradecimiento; y hago voto de guardar todas mis reglas y constituciones, y cumplir todos los gustos de mis superiores, y conformarme en todos los gustos, acciones y obras con Dios y mi Señor Jesucristo; de hacer cada obra y accion con el mayor amor, afecto y perfeccion que pueda, y con los más y más altos fines; de tener continuo acto de amor de Dios y de su Madre mi Señora María, en todo tiempo, con continua memoria de éstos mis amores; de hacer cuanto puedo por amor de Dios y mis prójimos y por la conversion de las almas de todas las naciones y gentes.»

Va prosiguiendo varias cosas; pero es de advertir, que como en estos votos añadió á los pasados cosas tan dificultosas, como estar en continuo acto de amor de Dios y el mayor menosprecio y mortificacion, etc., advierte que no pretende obligarse de tal manera, que por algunas faltas que haga, peque, sino obligarse á un estudio y cuidado particular de alcanzar la mayor perfeccion. La cual advertencia dejó despues, siendo ya Sacerdote, como se dirá en su lugar, que parece que con el nuevo estado le fué dado nuevo espíritu, y con él nuevo esfuerzo y valor para emprender mayores cosas de perfeccion.

V

Llega á Filipinas, y, ordenado de Sacerdote, emplease en el provecho de las almas.

Habiendo dado estos singulares ejemplos en el colegio de Méjico, se llegó el tiempo de hacer viaje para Filipinas. Embarcóse en la nao S. Juan Bautista, donde por la apretura del lugar y mucha gente, fué necesario venir debajo de escotilla; comodidad tan sin ella, que por su falta y sobra de calor, mal olor y otras inclemencias, murieron cuatro de los nuestros en la navegacion, haciéndola sus almas más breve, tomando el puerto de la gloria, como de sus vidas, religion, celo y virtudes se puede creer.

Aprovechóse de esta ocasion el Hermano, cuidando de los enfermos, sir-

viéndolos y asistiéndoles, y mucho más encomendándolos á nuestro Señor, cuya perpétua presencia traía, y con quien se estaba en oracion hasta la mitad de la noche, en que se iba á descansar.

Enfermó de muerte en la dicha nao un seglar, y á pocos lances la calentura, por ser maligna, se le subió á la cabeza, y le privó del juicio ántes que él se hubiera confesado ni hecho preparacion alguna para la otra vida. Pidió un Padre (lastimado de lo que veía) al H. Saura le encomendase á Dios; hizolo con extraordinario afecto y lágrimas, que como ellas dan voces, no sólo llegaron á los oídos de Dios, sino, por su misericordia, á los del enfermo, que volviendo en sí, se confesó despacio, y con cristiano acuerdo hizo su testamento, dándole para uno y otro el tiempo necesario; murió de noche, y en en el mismo punto su alma, ó el Angel de su Guarda despertó al Hermano, que á deshora de la noche se sintió como llamar con particular modo y con alboroto y sobresalto del alma, y entendiendo habia ya salido del cuerpo la del enfermo, la encomendó á nuestro Señor, y á la mañana halló cómo se habia muerto ya aquel hombre.

Llegó últimamente este siervo de Dios á Manila, donde con los demas fué recibido con singulares muestras de amor y benevolencia de los de casa; y como ya habia llegado al término de sus navegaciones y adonde habia de vivir de asiento, parece que tambien tomó de asiento Dios el favorecerle y regalarle.

Entró en ejercicios poco despues que llegó, y estando una noche rogando á todos los Santos le ofreciesen á nuestro Señor por suyo, se le encendió el corazon con un amor extraordinario, con un deseo vivísimo de dejar de ser y transformarse en Cristo, imaginándose abrazado con él dentro de su pecho y junto á su corazon, donde le pedía que todas sus obras las hiciese por él su divina Majestad, que viese por sus ojos, hablase por su boca, obrase por sus manos, anduviese con sus pies, pensase con sus pensamientos y con su voluntad amase. Estando en esto, pidiéndolo con grande y eficaz ánsia á nuestro Señor, le parecia que todo su cuerpo estaba yerto, y que su alma se habia apartado y retirado de él, toda ocupada y entretenida en actos de voluntad y amor, en que estaba abrasada, lo cual duró espacio de una hora.

Lo que sacó de aquí este bendito Hermano fué lo que él dejó escrito en las palabras que se siguen: «No me fio de todo esto ni de mí mismo, sino que pido á Dios humildad y mortificacion, disposicion buena para hacerme capaz de semejantes favores.»

Casi en el mismo tiempo fué cuando, asistiendo una tarde en la catedral á las honras que la ciudad de Manila hacia á Filipo III, rey de España, estuvo todo aquel tiempo, que fué espacio de dos horas, en afectuosa oracion, ima-

ginándose con Cristo nuestro Señor, como quien le abrazaba con entrañable amor, sin apartarse todo aquel tiempo de su presencia; y despues le pareció que venia el mismo Señor adonde él estaba, con los brazos extendidos, y que le abrazaba estrechamente, sintiendo él en sí tan grande suavidad, dulzura y ternura, que ardía en deseos de entregarse totalmente á Dios. Duró este abrazo por breve tiempo, pero el afecto mucho; no lo vió con los ojos corporales, sino con los del alma y por medio de inteligencia, que no puede hacer concepto de ello, sino quien lo ha pasado.

Esto le acontecia muchas veces estando en plática ó en las lecciones, que no perdiendo la atencion á uno ni á otro, estaba ejercitando fervorosos actos de encendido amor, quedando igualmente ilustrado el entendimiento é inflamada la voluntad.

De esta suerte iba Dios disponiendo á este siervo suyo para el oficio de Sacerdote que habia de ejercitar, sirviéndole á él de preparacion de su parte su modo de vida tan observante y regular, que todas sus obras pasadas y presentes no parecian otra cosa sino nivel y modo de la futuras.

Ordenóse de Epístola y Evangelio á 17 y 18 de diciembre del año de 1622, y á veinte y uno de Misa, con muy grande gozo y consuelo de su alma, singular quietud y serenidad de conciencia, sin que escrúpulo ninguno le molestase, aunque el demonio procuró turbarle con algunos, que él ayudado de la gracia de nuestro Señor venció con facilidad, porque no le fuesen estorbo de emplear todo el tiempo en sus acostumbrados ejercicios y presencia de Dios.

Uno y otro creció en él con la nueva ocupacion de la paga ordinaria del rezo de cada dia, en que, dejando la puntualidad que en ello tenia, le comunicaba tan gran dulzura nuestro Señor, bañando su alma con tan soberanos rayos de luz, como si con los ojos del cuerpo le estuviera viendo, y por medio de aquellas palabras hablando.

A los 18 de este mes, rezando los maitines de nuestra Señora, cuya fiesta de la Expectacion para el siguiente dia se trasladaba, llegando al segundo nocturno y lecciones de S. Ildelfonso, conforme al rezo de Toledo, estando cerca de la mitad de la que le cupo, de improviso se halló como en las entrañas de la Santísima Virgen María nuestra Señora, junto al Niño Jesus, echado tambien junto á sus pechos y brazos; y vió que levantó su cabeza santísima y se volvió á él, y le dijo estas palabras: *Mi Sacerdote*, las cuales dijo con tanto amor y regalo, que le hicieron luego deshacerse en ternura de afectos, siendo tales los que su alma sintió en aquella hora, que no los podia encubrir ni detener las copiosas lágrimas que de sus ojos salian, que apenas acertaba ni podia leer, llevado de la interior mocion y repentino sentimiento de